

como tenía sed de denunciaci6nes, se le prodigaban por tenerle contento. Por este medio adquirieron su dominio sobre el pueblo Barnave y los Lameth, y más tarde Danton, Marat, Brissot, Camilo Desmoulins, Petion y Robespierre. Estos nombres habian ido creciendo con las iras populares, y ellos trataban de sostenerlas por no perder el prestigio que tan vilmente habian adquirido. Las sesiones nocturnas de los Dominicos y de los Franciscanos ahogaban frecuentemente el eco de la Asamblea nacional, y la minoría, derrotada en el Congreso, acudía á protestar y aún á amenazar en los Jacobinos.

El mismo Mirabeau habia sido acusado allí por Lameth con motivo de la ley que habia propuesto sobre la emigracion, y pocos días ántes de su muerte habia tenido que comparecer á oír las invectivas de su denunciador, aunque desdeñó justificarse. Los clubs eran la fuerza exterior en que se apoyaban los exaltados de la Asamblea nacional para intimidarla. Esta no tenia otro apoyo que las leyes; el club contaba con el pueblo, con las asonadas, y hasta con el ejército.

## XX

Organizada la opinion pública, su asociacion permanente en todos los puntos del reino daba una sacudida eléctrica á la cual no era posible resistir. Las mociones que se hacian en Paris corrian con la velocidad del rayo de club en club hasta las provincias más distantes, y una misma chispa era suficiente para incendiar á la vez muchos millones de almas, en las que ardía el fuego de una misma pasion. Todas las sociedades se correspondian entre sí, y estaban en correspondencia con la sociedad matriz. Aquel gobierno era el de las facciones, que habia enredado en sus lazos al gobierno legal; pero la ley habia enmudecido y perdido su fuerza, y la faccion era vigorosa y elocuente.

Trasladémonos mentalmente á una de aquellas sesiones borrascosas de la época, y verémos cosas que nos parecerian imposibles á no haberlas presenciado, ó al ménos hablado y tratado á muchos de los que las presenciaron. El lugar de la reunion es un templo de donde Dios ha sido arrojado con escarnio, y en el que no se halla otro vestigio del antiguo culto que algunas pinturas sagradas que hay en las paredes, desnudas por otra parte de todo adorno. Una tribuna ocupa el sitio en donde estaba el tabernáculo no hace mucho tiempo, y multitud de bancos, muchos de ellos aún con el emblema de la comunidad ó cofradía á que pertenecieron, sirven para que el público se siente. La tribuna se halla rodeada por ciertos oradores queridos del pueblo que están impacientes por subir á ella cuanto ántes; un corto número de luces llevadas allí por los mismos asociados ilumina imperfectamente aquel recinto, y su resplandor no sirve sino á hacer más perceptible la oscuridad. El auditorio lo componen hombres de todas las clases y condiciones, y no faltan tambien algunas mujeres entusiastas por el nuevo órden de cosas, que acuden allí con sus pequeñuelos para que mamen la leche de la revolucion mezclada con la de sus pechos. Esta turba fanática é ignorante, que prorrumpe en aullidos y silbidos estrepitosos cuando las ideas del orador no están en armonía con las suyas, al terminarse las sesiones entona himnos patrióticos, canta canciones demagógicas, pasea en triunfo los bustos de los grandes republicanos, y arrastra por los suelos los símbolos de la religion ó de la dignidad real para que-

marlos despues en medio de los más feroces aullidos. ¿Qué pueblo, por pacífico que fuese, hubiera resistido á esa fiebre espantosa, cuyos accesos eran diarios y cada vez más fuertes desde fines del año 1790 en todas las ciudades del reino? Este régimen de fanatismo era el precursor de el del terror. Esta era la organizacion del club de los Jacobinos.

## XXI

El club de los Franciscanos excedía aún al de los Jacobinos en turbulencia y demagogia. Danton y Marat eran sus corifeos.

Los constitucionales moderados habian tratado, y aún empezaron á reunirse, pero falta siempre energía en las sociedades que están meramente á la defensiva, así como las que toman la ofensiva logran agrupar las facciones en torno suyo. Esta fué la causa de que aquellas reuniones se disolviesen por su propia virtud hasta el establecimiento del club de los Fuldenses. El pueblo dispersó á pedradas á los primeros que acudieron á casa de Mr. de Clermont-Tonnerre, y Barnave insultó en la tribuna á sus colegas, denunciándolos á la execracion pública con el mismo acento con que habia excitado y reunido á *los amigos de la Constitucion*. La libertad no era todavía sino un arma parcial que cualquiera quebraba sin pudor en el pecho de su enemigo.

¿Qué podia hacer el rey, acosado por un lado por una Asamblea que se habia arrogado todas las funciones ejecutivas, y por otro por aquellas reuniones facciosas que usurpaban todos los derechos de la Representacion nacional? Sin fuerza propia entre estos dos rivales, el rey recibía de rechazo los golpes de unos y otros, y todos los días era ofrecido en sacrificio al populacho por la Asamblea nacional.

Sólo una fuerza mantenía el órden exterior y sostenía aún la sombra del trono: esta fuerza era la guardia nacional de Paris. Esta, sin embargo, era una fuerza neutral que no reconocía más ley que la de la opinion, y que fluctuando entre las facciones y la monarquía, podía mantener el órden público; pero no era á propósito para prestar un apoyo firme é independiente al poder político. Era, en fin, una parte integrante del pueblo, y una intervencion armada contra la voluntad de éste la hubiera tenido por un sacrilegio. Creada por sí misma el 14 de Julio en la casa de la municipalidad, no obedecía más órdenes que las que emanaban de aquella corporacion que le habia dado por jefe principal al marqués de Lafayette. Los hombres honrados no podían haber escogido otra persona que los representase más dignamente.

## XXII

El marqués de Lafayette era un patricio dueño de un caudal inmenso, y estaba enlazado por su casamiento con la hija del duque de Ayen con las principales familias de la corte. Había nacido en Chavagnac, en la Aubernia, el 6 de Setiembre de 1757, y á pesar de hallarse casado desde la temprana edad de diez y seis años, la sed de adquirir gloria le habia hecho abandonar su patria en 1777. Era aquella época la de la guerra de la independencia en la América inglesa, y el nombre de Washington resonaba en ambos continentes. Un adolescente tuvo la osadía de querer igualarse á aquel hombre en medio de las delicias de la



afeminada corte de Luis XV, y este hombre fué Lafayette. Armó secretamente dos navíos á sus expensas, cargólos de armas y municiones para los insurgentes, y llegó felizmente á Charlestown, siendo recibido por Washington como hubiera podido recibir á un enviado de Francia. Lafayette y los jóvenes oficiales que le acompañaban eran la manifestacion evidente de los votos secretos de un gran pueblo en favor de la independencia del Nuevo Mundo. El general americano se sirvió de Mr. de Lafayette en aquella larga guerra, cuyas más insignificantes escaramuzas adquirían las proporciones de batallas campales al atravesar los mares.

La guerra de América, más notable por sus resultados que por sus combates, era más á propósito para formar republicanos que para hacer grandes guerreros. Lafayette la hizo con heroísmo y decision, y se granjeó la amistad de Washington. Este escribió con su mano el nombre de un frances en los registros de la fundacion de una colonia trasatlántica, y aquel nombre volvió á Francia como un eco de libertad y de gloria. La popularidad, compañera inseparable de la gloria, siguió al joven Lafayette por todas partes. En cuanto regresó á su patria, se vió adoptado por la opinion pública, y aplaudido y coronado en el teatro de la Opera. La reina le saludó con una graciosa sonrisa, el rey le nombró general, Franklin le hizo ciudadano, y el pueblo le adoró como su ídolo. Estos favores del público le enervaron y decidieron de su suerte futura. Lafayette halló tan dulce esta popularidad, que nunca quiso consentir en desprenderse de ella, y aunque los aplausos no son la gloria, más tarde adquirió toda la de que era digno, imprimiendo á la democracia el sello distintivo de su carácter, la honradez.

Próximo estuvo Mr. de Lafayette el 14 de Julio á verse levantado sobre el paves por los ciudadanos de Paris. Nuevo frondista de la corte, revolucionario de buena casa, aristócrata por su cuna, demócrata por principios, y cubierto de una aureola de gloria militar adquirida en países remotos, reunía en su persona más cualidades de las necesarias para ser el jefe natural de un ejército de ciudadanos. La gloria que habia adquirido en América reflejaba en Paris y le daba un prestigio que, como todo el que conquista á grandes distancias del país natal, podia llamarse casi inmenso. El nombre de Lafayette eclipsaba todos los demas, y Necker, Mirabeau, y áun el duque de Orleans, perdieron gran parte de su popularidad en cuanto Lafayette estuvo de regreso en su patria. Su nombre fué el de la nacion por espacio de tres años. Árbitro supremo, sobresalia en la Asamblea por la autoridad que le daba el mando supremo de la guardia nacional, y en ésta, por la que le comunicaba el ser el miembro más influyente de la Asamblea. De la reunion de estos dos títulos resultaba una verdadera dictadura. Como orador valia poco, y no habia en su palabra aquella firmeza y electricidad que, impresionando el espíritu, vibran en el corazon y encienden el ánimo de los oyentes. Educado en la elegancia de los salones y nada conocedor del lenguaje diplomático de la política, hablaba de libertad valiéndose de unos términos que ponían de manifiesto su origen aristocrático. El solo acto parlamentario de Lafayette fué la publicacion de los *derechos del hombre*, que hizo adoptar por la Asamblea nacional. Este decálogo del hombre libre, hallado por Lafayette en las selvas de América, encerraba más conceptos metafísicos que máximas de verdadera política, y era tan poco aplicable á una sociedad constituida y antigua, como lo sería la desnudez completa del salvaje para el hombre civilizado, acostumbrado á cuidar con esmero del

adorno exterior de su persona. Aquel escrito tenia el mérito, sin embargo, de presentar al hombre en toda su desnudez, manifestando lo que era y lo que debia ser, á no existir las preocupaciones, desarrollando á su vista el verdadero ideal de sus deberes y de sus derechos. Era el grito indignado de la naturaleza contra todas las tiranías; grito que estaba destinado á hundir en el polvo el mundo anti-



El rey es reconocido en Chalons.—Pág. 52.

guo, gastado por la esclavitud, para que surgiese de él un mundo nuevo. El honor de Lafayette consistió en haberlo dado á conocer.

La confederacion de 1790 fué la época del apogeo de Mr. de Lafayette. Aquel dia eclipsó al rey y á la Asamblea, porque la nacion armada y pensativa asistia á aquel acto, y Lafayette era el que la mandaba. Aunque podia obrarlo todo, nada intentó, y su desgracia consistió entónces en la posicion crítica que ocupaba. Hombre de transicion, se veia dominado por dos ideas á un mismo tiempo; á haber tenido una sola, hubiera dispuesto como dueño absoluto de los destinos del país. La monarquía y la república estaban igualmente á su alcance si hubiese querido extender el brazo para apoderarse de una ú otra, pero lo detuvo á medio camino y no pudo obtener sino un recuerdo de libertad. Al mismo tiempo que trataba de



inspirar entusiasmo hácia las instituciones republicanas, defendía una Constitución monárquica y un trono, y por la contradicción aparente que se veía en sus principios, aparecía como un traidor, siendo en la realidad un hombre muy recto y justificado. Soldado de la monarquía por deber, peleaba en su defensa, aunque su corazón y sus convicciones se hallaban en las filas de los republicanos. Protector del trono, era al mismo tiempo el que le infundía más terror. Esto justifica suficientemente el concepto que de Lafayette ha formado la posteridad. La monarquía y la república le son deudas de servicios importantes; ambas instituciones están á pesar de esto resentidas con él, porque con las dos ha quedado mal. Ha muerto sin ver el triunfo de ninguno de estos dos grandes principios políticos, pero ha muerto virtuoso y popular. Además de sus virtudes privadas, estuvo adornado de otra pública que le valdrá el perdón de sus defectos y hará inmortal su nombre, y es que ántes, después, y en mayor grado que todos sus contemporáneos, tuvo el sentimiento, la constancia y la moderación de la revolución.

Tal era el hombre, y tal el ejército en que se apoyaban el poder ejecutivo, la tranquilidad del país, el trono constitucional y la vida del rey.

## XXIII

Este era el estado de los partidos, de los hombres y de las cosas en 1.º de Junio de 1791, y por medio de todo esto atravesaba, movido por un impulso secreto y continuado, pero siempre avanzando, el espíritu irresistible de una gran renovación social. Con tales elementos, ¿qué podía resultar que no fuese lucha, anarquía, crímenes y asesinatos? Ningun partido tenía la razón, ningun hombre el talento, ningun alma la virtud, ni ningun brazo la energía suficiente para dominar este caos espantoso y hacer que saliesen de él la justicia, la verdad y la fuerza. Unas mismas causas producen siempre los mismos efectos. Luis XVI era justificado y deseaba el bien, pero debió haber comprendido, desde las primeras tentativas de la revolución, que para el primer jefe de un Estado no hay otro papel posible en circunstancias semejantes que el de ponerse á la cabeza de la nueva idea, y combatiendo lo antiguo, reunir en su persona el doble concepto de jefe de la nación y jefe de partido. El papel de moderador no es posible á quien no posee la confianza de todo el partido que se quiere llevar por el camino de la moderación. Enrique IV adoptó este papel para sí después de haber vencido; si lo hubiese hecho ántes, no sólo no habría sido rey de Francia, sino que hubiera perdido la corona de Navarra.

La corte era egoísta y corrompida, y únicamente defendía al rey por propia utilidad. El clero, aunque adornado de virtudes cristianas, carecía de virtudes cívicas, y como Estado que existe dentro de otro Estado, su vida no se identificaba con la vida de la nación. Independiente por su índole particular, creía que su suerte era independiente de la de la monarquía, y para que se uniese á ésta cuando la vio amenazada, fué preciso que viese también el peligro que corrían sus bienes, y entonces apeló á la fe de los pueblos para salvar aquellas riquezas. Los pueblos eran ya sordos á su voz, y no veían en los monjes y en los obispos sino unos hombres que querían vivir á costa de su sudor. Afeminada la nobleza por una larga paz, emigraba en masa abandonando al rey en medio del peligro, per-





EL GENERAL LAFAYETTE.

suadida de que pronto habria una intervencion armada de las potencias extranjeras, que volveria las cosas á su antiguo ser. El estado llano, lleno de envidia y de despecho, pedia su emancipacion con tales alaridos, que su justicia tenia todo el aspecto de una venganza desesperada.

La Asamblea reunia en su seno todas las debilidades, todo el egoísmo y todos los vicios del resto de la nacion. Mirabeau era venal, Barnave envidioso, Robespierre fanático, el club de los Jacobinos cruel, Lafayette irresoluto, y el gobierno nulo. Nadie queria la revolucion sino para explotarla á medida de su capricho, y cien veces se hubiera estrellado contra tantos escollos, si no hubiese en las crisis humanas cierta cosa más fuerte que los hombres que las dirigen: esta cosa es la crisis misma.

Nadie comprendia entónces toda la latitud de la revolucion, á no ser Robespierre y los demócratas puros. El rey no veia en ella sino una gran reforma, el duque de Orleans una numerosa faccion, Mirabeau la parte política, Lafayette la constitucional, los jacobinos una venganza, el pueblo el abatimiento de los grandes, y la nacion su patriotismo. Su paradero final nadie se atrevia á adivinarlo.

Resulta de lo que acaba de decirse que todos estaban ciegos ménos la misma revolucion. La virtud de ésta se hallaba en la idea misma que obligaba á todos aquellos hombres á llevarla á cabo, pero no en los que lo ejecutaban. Todos sus instrumentos estaban viciados, corrompidos, y obraban por personalidades y resentimientos particulares, pero la idea era pura, incorruptible y divina. Los vicios, la ira y el egoísmo de los hombres debian producir inevitablemente las crisis, los choques, las violencias, las perversidades y los crímenes, que son á las pasiones humanas lo que las consecuencias á los principios de donde se derivan.

Si alguno de los partidos ó de los hombres que desde un principio se mezclaron en aquellos grandes acontecimientos hubiese tenido por norte su virtud en vez de dejarse arrebatar por la pasion, se hubieran evitado tantos desastres, y ellos y la patria se hubieran salvado. Si el rey hubiese sido firme é inteligente, el clero desinteresado, la aristocracia justa, Mirabeau íntegro, Lafayette decidido y Robespierre humano, la revolucion se hubiera desarrollado majestuosa y serena sobre la Francia y sobre el resto de Europa como un pensamiento divino, y se hubiera instalado como una verdadera filosofía en los hechos, en las leyes y en los cultos.

Escrito estaba que habia de suceder todo lo contrario. El pensamiento más santo, justo y piadoso, cuando tiene que rozarse con la imperfeccion humana, sale despedazado y goteando sangre de manos de los mismos hombres que le han concebido, que al verle en estado tan lamentable no quieren reconocerle por suyo. Sólo sobre la santa verdad no tiene poder el crimen, porque aquélla sobrevive á todo, hasta á sus mismas víctimas. La sangre que mancha á los hombres deja pura la idea, y á pesar del egoísmo que procura envilecerla, de las bajezas que tratan de detener su curso y de los atentados que la deshonoran, la revolucion, por inhumana que parezca, al cabo se purifica, se rehabilita, triunfa y triunfará siempre.